

El signo del Unicornio

Crónicas de Ámbar. Libro 3



Roger Zelazny

Daba espanto verla, ya que en algunos aspectos era casi hermosa. Tenía el cuerpo de una serpiente, tan grande en el centro como un barril, con una cabeza masiva como un martillo. Los ojos eran de un verde muy pálido. Era tan transparente como el cristal, y con líneas muy finas que parecían indicar escamas. Podías mirarla directamente y ver sus órganos... opacos o nebulosos, sea cual fuere el caso. Casi podías perder la concentración viendo cómo funcionaba aquella cosa y tenía una crin densa, como cerdas de cristal, en torno a la cabeza, cubriendo su cuello. Su movimiento al verme fue como el fluir del agua... parecía agua viva, un río sin lecho y sin bancos. Lo que casi me congeló fue lo que vi dentro de su estómago: un hombre parcialmente digerido.

Índice de contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

Sobre el autor

IGNORÉ LAS PREGUNTAS que había en los ojos del mozo de cuadras mientras bajaba el espantoso paquete y le dejaba mi caballo para que lo cepillara y alimentara. Mi capa no podía ocultar del todo la naturaleza de su contenido mientras me lo echaba por encima del hombro, dirigiéndome hacia la entrada posterior del palacio. El infierno pronto exigiría su paga.

Rodeé el área de ejercicios y me encaminé hacia el sendero que conducía hasta el extremo sur de los jardines de palacio. Había menos ojos por esa ruta. Me verían, pero resultaría mucho menos extraño que ir por la entrada principal, donde siempre hay demasiada gente. Maldición.

De nuevo, maldición. Me encontraba en posesión de un amplio espectro de problemas; y algunos parecían agrandarse. Supongo que era una especie de forma espiritual de interés compuesto.

Había unos pocos paseantes al lado de la fuente, en el extremo del jardín. También pasaba una pareja de guardias entre los arbustos cerca del sendero. Los guardias me vieron aproximarme, mantuvieron una breve discusión, y miraron hacia otro lado. Eran prudentes.

Después de una semana tenía todos los problemas pendientes de resolución y la corte de Ámbar llena de sospechas y desconcierto. Y, en ese momento, surgía algo que aún hacía más peligroso e infeliz el prerreinado de Corwin I... yo.

Era hora de que hiciera lo que ya tendría que haber realizado. Pero, desde el principio, hubo tantas cosas que hacer... Tal como lo veía, nunca llegué a estar inactivo. Me había asignado prioridades que comencé a cumplir. Aunque en ese momento...

Atravesé el jardín, dejando las sombras y entrando en los oblicuos rayos del sol. Subí por la ancha y curva escalera. Un guardia se puso firme cuando entré en el palacio. Me dirigí hacia la escalera de atrás; luego, hasta el segundo piso. Luego al tercero.

Desde la derecha, mi hermano Random salió de su aposento al pasillo.

—¡Corwin! —dijo, estudiando mi cara—. ¿Qué ocurre? Te vi desde el balcón y...

—Dentro —respondí, señalando con mis ojos—. Vamos a tener una conferencia privada. Ahora.

Dudó, observando el bulto que llevaba.

—Celebrémosla dos habitaciones más allá —comentó—. Vialle está aquí.

—De acuerdo.

Fue delante y abrió una puerta. Entré en la pequeña sala de estar, busqué un sitio adecuado y dejé caer el cuerpo.

Random miró el fardo.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó.

—Desenvolver el paquete —le contesté—, y echarle un vistazo.

Se arrodilló y desenrolló la capa. Luego volvió a colocarla como estaba.

—De acuerdo, está completamente muerto —observó—. ¿Cuál es el problema?

—No has mirado lo suficientemente cerca —le dije—. Levántale un párpado. Ábrele la boca y mira los dientes. Toca los espolones en el dorso de la mano. Cuenta las articulaciones de los dedos. Luego me explicas el problema.

Comenzó a hacerlo. Tan pronto como miró las manos, se detuvo y asintió.

—De acuerdo —dijo—. Recuerdo.

—Recuerda en voz alta.

—Ocurrió en la casa de Flora...

—Allí fue donde yo vi por primera vez a alguien parecido —interrumpí—. Aunque iban detrás tuyo. Nunca averi-

güé por qué.

—Correcto —dijo—. Nunca tuve la oportunidad de contártelo. No llegamos a estar juntos tanto tiempo. Es extraño... ¿de dónde surgió este?

Vacilé unos segundos, dudando en obligarle a contarme su historia o en contarle yo la mía. Se impuso la mía, ya que me afectaba a mí y era más inmediata.

Suspiré, hundiéndome en una silla.

—Acabamos de perder a otro hermano —dije—. Caine está muerto. Llegué un poco tarde. Esa cosa lo hizo. La quería coger viva, por razones obvias, pero opuso bastante resistencia. No tuve mucha elección.

Silbó suavemente, sentándose en la silla que había frente a mí.

—Ya veo —dijo en voz baja.

Estudí su rostro. ¿Existía la más leve de las sonrisas esperando en las comisuras de su boca para unirse a la mía? Posiblemente.

—No —afirmé llanamente—. Si fuera de otra manera, me hubiera contentado con que dudaras bastante menos de mi inocencia. Te diré lo que realmente ocurrió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde está Caine?

—Bajo una capa de hierba, cerca de la Arboleda del Unicornio.

—Hasta aquí ya es bastante sospechoso —añadió—. O lo será para los otros.

Asentí.

—Lo sé. Aunque en el intervalo oculté el cuerpo. No podía traerlo conmigo y responder a todas las preguntas que surgirían. No mientras hubiera hechos importantes, en tu cabeza, que me aguardaran.

—De acuerdo —repitió—. No sé cuán importantes son, pero son tuyos. Mas no me dejes con la incógnita, ¿en? ¿Cómo ocurrió esto?

—Justo después de comer —contesté—. Había comido con Gérard en el puerto. Luego, Benedict me subió a tra-

vés de su Triunfo. De regreso en mis habitaciones, encontré una nota que, aparentemente, había sido pasada por debajo de la puerta. Me pedía un encuentro privado, por la tarde, en la Arboleda del Unicornio. Estaba firmada por «Caine».

—¿Tienes la nota todavía?

—Sí —la extraje del bolsillo y se la entregué—. Aquí tienes.

La estudió, sacudiendo la cabeza.

—No sé —dijo—. *Podría* ser su letra, aunque trazada con prisas, pero no creo que lo sea.

Me encogí de hombros. Recogí la nota, la doblé y volví a guardarla en el bolsillo.

—Sea lo que fuere, intenté ponerme en contacto con él por medio de su Triunfo, para ahorrarme el viaje. Pero no respondía. Pensé que, si era tan importante, se debía a que deseaba mantenerlo en secreto. Por lo que cogí un caballo y me puse en camino.

—¿Le dijiste a alguien a dónde te dirigías?

—A nadie. Pero sí decidí exigirle todo lo que pude al caballo, y me dirigí a la cita a toda prisa. No vi cuándo ocurrió, pero le vi yaciendo allí apenas entré en el bosque. Su cuello había sido cortado, y noté movimientos en los arbustos a cierta distancia. Le eché el caballo encima al sujeto, derribándolo; luché con él y tuve que matarlo. No mantuvimos ninguna conversación mientras esto ocurría.

—¿Estás seguro de haber matado al culpable?

—Tan seguro como lo estarías tú bajo tales circunstancias. Sus huellas conducían de vuelta hasta Caine. Tenía manchas de sangre fresca en sus ropas.

—Podrían haber sido de su propia sangre.

—Vuelve a mirar. No tiene ninguna herida. Le rompí el cuello. Justo en ese momento recordé dónde había visto tipos como este con anterioridad, por lo que inmediatamente te lo traje a ti. Pero antes de que me lo cuentes todo, hay algo más, con lo que acabo mi historia. —Extraje una

segunda nota y se la pasé—. La criatura la llevaba encima. Supongo que se la quitó a Caine.

Random la leyó, asintiendo, y me la volvió a dar.

—De ti, a Caine, pidiéndole que te encontrara allí. Sí, ya veo. No hace falta decir...

—No hace falta decirlo —acabé—. Y sí se parece mucho a mi escritura... por lo menos a primera vista.

—Me pregunto qué hubiera ocurrido si tú hubieras llegado primero.

—Probablemente nada —dije—. Vivo y sospechoso... parece que es así como me querían. El truco estaba en que llegáramos en el orden adecuado, y tampoco me apresuré lo suficiente como para perderme lo que iba a suceder.

Asintió.

—Aceptando una planificación tan exacta —comentó—, tiene que tratarse de alguien que conozca bien la situación, tal vez del propio palacio. ¿Alguna idea?

Me reí entre dientes y cogí un cigarrillo. Lo encendí y me volví a reír.

—Acabo de regresar. Tú has estado aquí todo el tiempo —observé—. ¿Quién es el que me odia más estos días?

—Esa es una pregunta embarazosa, Corwin —declaró—. Todos tienen razones para culparte. Normalmente, mi candidato sería Julián. Solo que en este caso no tiene consistencia.

—¿Por qué no?

—Él y Caine se llevaban bien; desde hace años. Se protegían mutuamente, y pasaban gran parte de su tiempo juntos. Estaban muy unidos. Julián es frío y mezquino, y sigue tan desagradable como lo recuerdas, pero si alguien le gustaba, ese era Caine. No le creo capaz de lo que dices, ni siquiera para perjudicarte a ti. Después de todo, si eso era lo que quería, hubiera podido encontrar muchas otras maneras de hacerlo.

Suspiré.

—¿Quién es el siguiente?

—No lo sé. Simplemente, no lo sé.

—De acuerdo. ¿Qué clase de reacciones crees que provocará esto?

—Estás en apuros, Corwin. Todo el mundo pensará que lo hiciste tú, sin importar lo que digas.

Asentí, señalé el cadáver. Random negó con la cabeza.

—Ese podría ser algún pobre bastardo que sacaste de la Sombra para cargarle con la culpa.

—Lo sé —dije—. Es gracioso... regresar a Ámbar de la manera en que lo hice, fue el momento ideal para quedarme en una posición de ventaja.

—Un tiempo perfecto —acordó Random—. Ni siquiera tuviste que matar a Eric para conseguir lo que querías. Fue un golpe de suerte.

—Sí. Sin embargo, no es ningún secreto que eso es lo que vine a hacer, y solo es una cuestión de tiempo que mis tropas —extranjeros, especialmente armados y acuartelados aquí— comiencen a provocar reacciones negativas. Hasta ahora, solo una amenaza externa me ha salvado de ello. Y también están las cosas de las que soy sospechoso de haber hecho antes de mi retorno... como matar a los cuidadores de Benedict. Y ahora esto...

—Sí —dijo Random—. Lo vi venir tan pronto como me lo dijiste. Cuando tú y Bleys atacasteis hace años, Gérard desplegó parte de la flota para que permaneciera fuera de tu camino. Caine, por el contrario, se enfrentó a ti con sus naves y te obligó a retirarte. Ahora que ya no está, imagino que pondrás a Gérard a cargo de toda la flota.

—¿Y a quién más? Es el único hombre capacitado para el trabajo.

—Sin embargo...

—Sin embargo. Lo reconozco. Si tuviera que matar a alguien para fortalecer mi posición, Caine sería la elección lógica. Esa es la única y maldita verdad.

—¿Cómo te propones llevar este asunto?

—Diciéndole a todo el mundo lo que sucedió, intentando descubrir quién está detrás de esto. ¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—He pensado en cómo te podría servir de coartada. Pero no encuentro nada adecuado.

Negué con la cabeza.

—Estás demasiado próximo a mí. No importa lo bien que lo planeemos, probablemente provocaría el efecto contrario.

—¿Has pensado en admitir que lo hiciste?

—Sí. Pero la defensa propia queda descartada. Con la garganta cortada, debió tratarse de un ataque por sorpresa. Y no tengo el estómago suficiente para planear la alternativa de buscar alguna evidencia de que estaba maquinando algo sucio y decir que lo hice por el bien de Ámbar. Me niego rotundamente a fingir que soy culpable bajo esos términos. De esa manera, también acabaría apestando.

—Pero con una fama real de tipo duro.

—No es esa la clase de dureza que deseo para el espectáculo que quiero montar. No, eso queda descartado.

—Eso abarca todo, entonces... o casi.

—¿Qué quieres decir con «o casi»?

Se estudió la uña del dedo pulgar izquierdo entrecebrando los ojos.

—Bueno, se me ocurre que si hay alguien más al que desees quitar del cuadro, este es el momento de considerar que cualquier sospecha puede ser manipulada.

Pensé en ello y acabé mi cigarrillo.

—No está mal —dije—, pero en, este momento no puedo perder a ningún otro hermano. Ni siquiera a Julián. Además es hacia él al que menos se le pueden volcar las sospechas.

—No tiene por qué ser de la familia —dijo—. Hay un montón de nobles amberitas por ahí con posibles motivos. Fíjate en *sir* Reginald...

—¡Olvídalo, Random! Este plan también queda descartado.

—De acuerdo. Entonces ya he agotado mis pequeñas células grises.

—Espero que no aquellas que están a cargo de la memoria.

—Muy bien.

Suspiró, estirándose. Se puso de pie, pasó por encima del otro ocupante de la habitación, y se acercó a la ventana. Apartando las cortinas, miró fuera durante un rato.

—Muy bien —repitió—. Hay mucho que contar...

Entonces recordó en voz alta.



MIENTRAS QUE EL SEXO ENCABEZA muchas listas, todos tenemos otras cosas que nos gusta hacer cuando no lo practicamos. En mi caso, Corwin, hablo de tocar la batería, volar, y el juego... sin ningún orden en especial. Bueno, tal vez el deslizarme por el aire tenga una cierta ventaja —en planeadores, en globos, y otras variaciones—, pero mi estado de ánimo también influye bastante, ¿sabes? Quiero decir que, si me lo preguntas en otro momento, puede que diga alguna de las otras cosas. Depende de lo que más desee en ese momento.

De cualquier manera, hace unos años yo me encontraba aquí, en Ámbar, sin nada especial que hacer. Solo estaba de visita, molestando a todo el mundo. Papá todavía no había desaparecido, y cuando me di cuenta de que pronto tendría uno de sus estados de ánimo coléricos, decidí que ya había llegado el momento de marcharme. Por un largo tiempo. A menudo me había dado cuenta de que su cariño por mí se incrementaba en función inversa a mi proximidad. Cuando le dije que me marchaba, me dio una preciosa fusta como regalo de despedida, supongo que para mostrarme su afecto. Pero era una fusta muy bonita —engastada en plata y bellamente trabajada—, y yo la utilicé bien. Había decidido ir en busca de un sitio donde todos mis sencillos placeres estuvieran reunidos en un solo rincón de Sombra.

Fue un largo viaje —no te aburriré con los detalles—, hacia un lugar bastante alejado de Ámbar. Esta vez no bus-

caba un sitio donde yo fuera especialmente importante.

Eso se puede volver muy aburrido o complicado demasiado deprisa, dependiendo de lo responsable que desees ser. Yo solo quería permanecer en el anonimato y simplemente divertirme.

Texorami era una ciudad portuaria abierta, con sofocantes días y largas noches, buena música, juego durante las veinticuatro horas, duelos cada mañana y sangrientas peleas en los intervalos para todos aquellos que no podían esperar. Y las corrientes aéreas eran fabulosas. Tenía un pequeño planeador con una vela roja con el que solía hacer *surf* aéreo cada dos días. Esa era la buena vida. Tocaba la batería a todas horas en un pequeño sótano río arriba, donde las paredes sudaban casi tanto como los clientes, y donde el humo solía danzar alrededor de las luces como ríos de leche. Cuando terminaba de tocar, iba en busca de algo de acción, usualmente mujeres o cartas. Y a ello me dedicaba el resto de la noche. ¡Maldito Eric! Esto me recuerda lo que ocurrió una vez... En una ocasión me acusó de hacer trampas con las cartas, ¿lo sabías? Y es lo único en lo que no haría trampas. Cuando juego a las cartas, lo hago seriamente. Soy bueno y también tengo suerte. Eric no era lo uno ni tenía lo otro. Su problema es que era bueno en tantas cosas, que ni siquiera se hubiera reconocido a sí mismo que había algunas cosas que otra gente podría hacer mejor que él. Si continuamente le ganabas en algo, tenías que estar haciendo trampas. Una noche, inició una desagradable pelea sobre ello —podría haber sido seria—, pero Gérard y Caine la pararon. Hay que concederle eso a Caine. Se puso de mi lado esa vez. Pobre hombre... Una asquerosa manera de desaparecer... Su garganta... Bueno, continuando, allí estaba yo en Texorami, haciendo música y con mujeres, ganando a las cartas y cabalgando el cielo. Palmeras y flores que florecían por la noche; con un montón de buenos olores portuarios —especias, café, alquitrán, sal—, ya sabes. Gente agradable, mercaderes y peones... la misma gente

corriente que hay en la mayoría de los lugares. Marineros y todo tipo de viajeros entrando y saliendo. Gente como yo, viviendo en el mismo borde de las cosas. Pasé casi dos años en Texorami, y fui feliz.

No mantuve mucho contacto con los otros. Apenas saludos de postal a través de los Triunfos muy de vez en cuando, y eso era todo. Ámbar estaba bastante alejada de mí. Todo esto cambió una noche, cuando estaba allí sentado, con una escalera en la mano, y el tipo que había enfrente mío tratando de decidir si era un farol o no.

La Jota de Diamantes comenzó a hablarme.

Sí, es así como empezó. De todas formas, yo me encontraba en un estado mental bastante raro. Acababa de finalizar unas actuaciones bastante calientes y todavía me encontraba un poco colgado. También estaba muy agotado después de haber volado todo el día, habiendo dormido muy poco la noche anterior. Luego pensé que era nuestro contacto mental, asociado a los Triunfos, lo que me hizo verlo de esa manera cuando alguien intentó ponerse en contacto conmigo y yo tenía cartas en la mano... sin importar qué clase de cartas fueran. Normalmente, nosotros recibimos el mensaje cuando tenemos las manos vacías, a no ser que seamos los que llamamos. Pudo haber sido que mi subconsciente —que en ese momento estaba bastante desperdigado— simplemente se agarró, por costumbre, al punto de apoyo disponible en ese momento. Sin embargo, más tarde tuve la ocasión de dudarlo. De verdad, no lo sé.

La Jota dijo: «Random. —Entonces la cara se puso borrosa y dijo—: Ayúdame». Por ese entonces, yo ya había comenzado a sospechar quién era el que llamaba, pero la llamada era muy débil. Todo era muy débil. Entonces la cara se transformó y vi que estaba en lo cierto. Era Brand. Tenía un aspecto horrible, y parecía estar encadenado o atado a algo. «Ayúdame», dijo de nuevo.

—Estoy aquí —comenté—, ¿qué ocurre?

—... prisionero —dijo, y algo más que no pude entender.

—¿Dónde? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No puedo traerte —dijo—. No tengo Triunfos, y estoy muy débil. Tendrás que venir por el camino más largo...

No le pregunté cómo se estaba comunicando conmigo sin mi Triunfo. Averiguar dónde se encontraba parecía ser lo más importante. Le pregunté cómo podía localizarlo.

—Observa bien —respondió—. Recuerda cada detalle. Tal vez solo pueda mostrártelo una vez. Ven armado...

Entonces vi el paisaje... por encima de su hombro, a través de una ventana, más allá de una almena. No estoy seguro. Era un lugar muy alejado de Ámbar, en algún sitio donde las sombras enloquecen. Más lejos de lo que me gustaría ir. Era horrible, con los colores cambiando continuamente. Un día sin un sol en el cielo, con rocas deslizándose como planeadores a través de la tierra. Brand estaba allí, en una especie de torre: un pequeño punto de estabilidad en aquel escenario cambiante. Lo recordé todo, perfectamente. Y recordé al ser enroscado alrededor de la base de la torre. Brillante. Prismático. Parecía ser una especie de cosa que vigilaba... demasiado brillante para que yo pudiera distinguir su contorno, para que pudiera adivinar su verdadero tamaño. En ese momento todo desapareció. Inmediatamente. Y allí estaba yo, mirando otra vez la Jota de Diamantes, con el tipo enfrente mío sin saber si volverse loco por mi largo trance o estar preocupado de que me hubiera dado una especie de ataque.

Después de acabar esa mano, dejé de jugar y me marché a casa. Me tendí sobre la cama, fumando y pensando. Cuando yo me marché, Brand todavía estaba en Ámbar. Pero más tarde, cuando pregunté por él, nadie tenía idea de su paradero. Había estado sufriendo uno de sus ataques de melancolía, y un buen día se le pasó y se marchó. Y eso